



Lucio V. Mansilla

Baccará

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Lucio V. Mansilla

Baccará

A los señores Benito Villanueva y Enrique Quintana

I

Ustedes, como lectores, se parecen a Mérimée, como escritor; me refiero a la mayor parte de ustedes; en todo caso me refiero a los que, si tuvieran que escribir un prefacio sobre una crónica cualquiera, escribirían esto:

“No me gustan, en la historia, sino las anécdotas, y entre las anécdotas, prefiero aquéllas en que me imagino encontrar una pintura verdadera de las costumbres y de los caracteres de una época dada.”

Yo *pienso* que *pensando* así, ustedes *piensan* bien, y que demuestran tener buen gusto literario, como demuestran tenerlo los que prefieren a la rima *rica* la rima *suficiente*, a no ser que ustedes pretendan, siendo mucho lo que admiran a Víctor Hugo, que él hace mejores versos que Racine y Lamartine, o que Góngora y Quevedo los hacían mejores que Núñez de Arce.

A la verdad, y con todos los respetos que ciertos historiadores nos merecen, ¿no es cierto que son muy fastidiosos, y que sin perder en el concepto de la masa general de sus lectores, harían bien en darles a sus libros ese incentivo que yo encuentro en los *Souvenirs* de Mme. de Caylus, por ejemplo, incentivo que es a la historia, lo que el claroscuro a la pintura?

Hecha, pues, esta especie de profesión de fe literaria, quiere decir que yo debo creer que ustedes se entretienen siempre que leen alguna historieta, o cuento, o anécdota, o chisme donde figuran personajes conocidos, aunque esos personajes no sean Julio César, Napoleón, Cavour o Bismarck, sino vuestro afectísimo amigo en la humanidad, es decir, el que suscribe.

Voy, pues, entonces como anticipo a mis *Memorias* o *Recuerdos*, a contarles a ustedes en un capítulo, cuyo título no ha debido ser el del membrete, sino uno cervantesco, verbigracia: “En donde se refiere de cómo un caballero falta a su palabra de honor, lo mismo que un bellaco”, voy a contarles a ustedes, repito, que yo he hecho eso.

Y contándoselo a ustedes pago la deuda – no de juego – de conversación, que contraje el año pasado en la puerta del *Jockey Club*.

Me refiero a Enrique Quintana y a Benito Villanueva, dos tipos a cual más simpático.

Y les prevengo a ustedes que yo no empleo la palabra *tipo* como la emplean los *punguistas*, los compadres, o los caballeritos del *high life*, sino en el sentido científico, recto, en estricta conformidad con las ideas metafísicamente fundamentales – con las ideas que corresponden a los tres grupos irreductibles de los fenómenos del mundo inorgánico o psíquico-químico, del mundo orgánico o biológico, y del mundo hiperorgánico o psíquico-social -, pues como ustedes saben mejor que yo (que sé estas cosas porque están en los

anaqueles de mi librería, en donde voy y las pesco cuando necesito), la metafísica admite tres grandes clases de hipótesis, o sea tres tipos de explicación del Universo, o lo que tanto vale: la concepción materialista, la concepción sensualista y la concepción idealista.

Esos dos tipos tan amables – y siento no poder decir exactamente como el que decía tan amables como bellos – acababan de jugar una partida de *baccará*, unas de esas partidas que llaman decentes, porque no son onerosas, y cuyo objeto es matar lo que si reflexionamos bien es lo que más queremos: el tiempo, ¿o el tiempo no es la vida?...

Enrique y Benito salían, rientes y amenos, sin nubes en la frente como habitualmente, han nacido de pie. Yo pasaba con una de las varias caras de circunstancias – depende de la digestión -, que ustedes me conocen, con la que ustedes quieran, con la más humana y, como siempre, con mi saco de cuentos auestas. Ustedes saben con qué pocos defectos mi querida madre me echó al mundo, y el cúmulo de ellos que ahora tengo, adquiridos con ustedes; saben también cómo los conservo y cómo a unos y a otros (cuentos y defectos) los voy largando, como cae, a ver si me deshago siquiera de una parte, en tiempo oportuno, y a ver también si se me agradece el esfuerzo o la intención... por manera que no extrañarán que esta charla sea una manifestación más de algunos de mis defectos... antiguos.

Era ello - ¡caramba, que hace fecha! – cuando el general Urquiza realizaba, para dar la medida de su prestigio, un espectáculo extraordinario, estupendo: una revista de veinte mil entrerrianos, vestidos, equipados y montados a su costa.

De los cuatro vientos del país las gentes habían acudido al Paraná, dándose allí cita los pequeños y los grandes, los ricos y los pobres, los que tenían con qué y los que uno no sabe *cómo diablos* llegan.

Naturalmente, y así como no hay sermón sin San Agustín, tenía que haber jugarreta, y más tardaron en llegar los jugadores, las piernas, que los grandes garitos en organizarse.

Es curioso, en los pequeños centros de población, donde no hay distracciones de espectáculos, se juega por distracción; y en los grandes centros, donde todos son espectáculos, sólo la minoría no juega – uno que otro viejo historiador, más o menos perlático o atacado de reumatismo: la mayoría juega a las cartas, al dado, al billar, al dominó, al boliche, a la taba, a la argolla, y a otros juegos de ensartar, como el balero -, de donde yo deduzco que el jugador nace como el poeta, por aquello, sin duda, que “de poeta y de loco, todos tenemos un poco”.

Y así como hay gentes que hacen versos, y que nunca se convencen de que los hacen malos, ilegibles, detestables, así también hay gentes que tardan mucho en convencerse de que no han nacido para eso, de que no tienen el temperamento, el genio, la índole del jugador, no escamando sino a fuerza de golpes de diversa naturaleza; porque el jugar tiene también su parte instructiva, y si no, averigüen ustedes qué hacen algunas mujeres, mientras los hombres juegan en el club.

Yo no jugaba a la sazón; había hecho voto de castidad, por decirlo así; mejor dicho, me habían obligado a hacerlo, prestándome un servicio sin solicitarlo. Y esto arguye una vez más que no es tan exacto aquello de:

*Para las sardinas, vino;
Para el hombre, la mujer.*

Para el hombre, el hombre, según las circunstancias. (¡Ah, si pudiéramos suprimir la mujer!) O lo que yo vengo repitiendo: que aunque seamos egoístas, interesados, escépticos,

descreídos, indiferentes – a veces hasta ser malos y crueles - , buscando bien, siempre se halla el hombre que se necesita.

Ese servicio consistió en una suma considerable de dinero que me dieron para pagar mis trampas de juego.

El caso exige ser relatado con todos sus detalles.

Yo era entonces muchas cosas al mismo tiempo: marido, que me parece es algo, padre, empleado, periodista, pobre y jugador.

(Mi secretario dice: “es un buen ramillete”; y ya que mi secretario se mezcla en todo lo mío, agregaré en conciencia y para que el *bouquet* quede completo que era *pisaverde*.)

Todo ello no quiere decir, sin embargo, que no llenara mis deberes ostensiblemente. Tan es así, que ustedes no sabrían que me he deshonrado una vez, si yo mismo no se lo estuviera contando ahora.

¡Pobre amigo mío!, desapareció un día, sin que hasta la fecha haya vuelto a saber de él, por muchas que hayan sido las diligencias hechas con ese noble fin.

¡En cuántos acontecimientos no se mezcló! ¡De cuántas tragedias que se preparaban no tuvo conocimiento, antes de venirse de San Juan! ¡Ah!, y si me hubieran oído entonces aquí, ¡cuánta sangre no se habría economizado!

Volvamos atrás.

Él vivía en el hotel de París, yo en la quinta que le había comprado al barón du Graty, como siempre, entre flores.

Nos veíamos todas las mañanas, yendo yo a mis quehaceres, mientras él se preparaba para ir a los suyos. Yo era activo, él era indolente. Yo me hastiaba y me disipaba; él vivía concentrado y solo.

Yo no tenía dinero que tirar; él lo tenía; y lo tenía sin que yo me lo hubiera sospechado. Nuestra amistad era pura simpatía.

-¿Qué tiene? – me dice un día.

-Nada

-No, no es cierto, usted tiene algo...- insistió.

-Sí, es cierto, tengo algo...

Y le cuento que la noche antes me habían desplumado decentemente entre varios amigos, y que lo que tenía en efectivo no me alcanzaba.

-Y ¿cuánto le falta?

-Ciento treinta onzas...- mucho dinero entonces.

Se levantó de la silla en que estaba, delante de una mesita llena de papeles revueltos, libros, cigarrillos, copas y botellas, fue y sacó debajo de la cama una petaca, la abrió (sin estar cerrada con llave) y de entre un revoltijo de ropa limpia y sucia, tomó una bolsa de liencillo, nada pulcro, que sonó metálicamente, sacando de ella puñados de onzas de oro, que contó hasta hacer trece pilas de a diez onzas, y exclamando al concluir:

-¡Mal número!

Yo veía todo aquello, en silencio, sin pestañear.

-Ahí tiene – me dijo.

Fruncí el entrecejo, arrugando todo el ceño, miré con indescriptible extrañeza, vacilé, no había ido a pedir, el oro me tentó, el honor comprometido me aguijoneó; maquinalmente saqué el pañuelo y envolví en él las ciento treinta onzas.

Mi amigo no hablaba.

-Gracias – dije yo -. Adiós, hasta mañana – disponiéndome a tomar el portante.

-Adiós – me contestó él.

-¡Ah! – dije yo sentándome y poniéndome a escribir un recibo incondicional, que, terminado en un abrir y cerrar de ojos, le pasé.

Él permanecía cabizbajo y silencioso: tomó el recibo, lo miró indiferentemente, lo leyó y rompiéndolo, me dijo:

-Entre usted y yo, no hay necesidad de recibos.

-Como usted quiera. ¡Adiós, hasta luego!

Y cuando salía de la pieza estrecha, húmeda, casi fétida, porque mi amigo fumaba el nauseabundo cigarrillo negro perennemente, me llamó, diciéndome:

-Tengo una condición que ponerle ¿sabe?

Condición, pensé yo, cuando nada he venido a solicitar; y sin reflexionar, con esa instantaneidad de falso orgullo, arrojé sobre la mesa el pañuelo con las ciento treinta onzas.

-¡Eh, amigo, calma!, ¡por Dios! ¡Qué diablo de genio! Mire que la condición le conviene.

Le hice cargos, que casi rayaron en increpaciones.

No contestó a ellos, murmurando monosílabos e insistiendo, por fin, en que la condición que tenía que ponerme me convenía.

Curiosidad, necesidad, debilidad, miseria humana, lo que ustedes quieran.

-Y ¿cuál es la condición? – pregunté.

-Un hombre joven, como usted, de sus antecedentes, de su porvenir, de su educación, de su índole, no debe jugar. Déme su palabra de honor de que no volverá a jugar nunca, jamás, en su vida.

“El juego comienza por entretener, sigue por apurar y acaba por envilecer, cuando no mata. En cien casos, la regla falla una vez. Es como en todas las cosas, en las que después de cierta experiencia, si uno no es tonto, comprende que no hay defensa posible, sino dentro del círculo de la picardía, salvo los casos raramente excepcionales de una suerte de ahorcado que se salva.

Me exasperé, sin proferir palabra.

Mi inolvidable amigo permaneció flemático, silencioso, meditabundo... parecía abstraído.

Nos quedamos como marido y mujer, o como amante y querida, después de una escena tempestuosa, por lo que se quiera.

Los dos deseábamos hablar, ninguno quería tomar la iniciativa. El falso amor propio en todo se ha de mezclar.

¿Quién cede?

En amor, el que más ama.

En los otros casos, el más necesitado.

-¡Y bien! – dije yo.

Él me miró con sus grandes ojos negros, tan lleno de expresión y cuasi trémulo, porque a más de ser muy sensible, lo dominaba el vicio de la bebida, y alargándome su mano húmeda, fría, casi glacial, que se encontró con la mía, me dijo con acento fraternal:

-No juegue, hombre, ¡por Dios!, usted no ha nacido para ser jugador.

Efectivamente, han de saber ustedes que así era, y ¿quieren ustedes que les diga por qué no había nacido para esa locura tan general? Porque me faltaba lo que probablemente les falta a la mayor parte de ustedes, cuya historia ha de ser desastrosa; porque cuando gano, definiendo lo poco que gano, y porque cuando pierdo, redoblo la parada, sin ver que estoy en

la mala, y el juego se agravia, amén de que, como todo el que no ha nacido para jugar, tengo predilecciones por las cartas, como si fueran mujeres, rubias o morenas. El *seis* por ejemplo, me ha hecho toda clase de infidelidades y me ha puesto toda clase de cuernos, y yo, nada, déle con el *seis*. Consecuencias: me preparaban el pastel; me ponían el *seis ahí* y ¡copo al *seis*! La contraria, a la vuelta. Y yo a mi casa, a encontrar todo malo, nada en orden, y hasta culpable a mi pobre mujer, que no había hecho nada.

Y ustedes, caballeritos, pongan la mano sobre su conciencia, y, díganme ¿qué es lo que les pasa?

Si tatita no les da, es un avaro. *Mamita* tiene que robarle a tatita para darles a ustedes.

La madre es la eterna tapadera del hijo, y es inútil.

¡Fulanito y Menganito son tan elegante, tan bien formados! La vera efigie de papá, que trabaja como un asno, para que ustedes disipen. ¿No es así? ¡Siquiera no hicieran más que disipar! Pero es que se hacen robar, literalmente robar. Porque ahora parece ser de buen tono jugar. Y en efecto lo es. Pero a condición de que no sea como una industria profesional. Y ése es el caso. Y no todos tienen dedos para organistas. Y eso era precisamente lo que mi generoso amigo me quería decir, y yo nada, nada; ¡bestia!...

Finalmente, y así son todos los jugadores apurados, di mi palabra de honor y salí con las ciento treinta onzas.

Y como esta *Causerie* está dedicada a dos personas y el cuento va largo, en dos capítulos debe concluir; *donc*, aquí cuadra la frase estereotipada: *la suite* el próximo jueves.

II

La metrópoli provisoria de la *Confederación* estaba de fiesta, aunque las fiestas no hubieran llegado. No se hablaba sino de la gran revista. La afluencia de gente nueva, desconocida, gastadora, no cesaba. Las casas de familia estaban llenas de huéspedes; los llamados hoteles, atestados de pasajeros. La flor y nata de los personajes había ido naturalmente al *soit disant* de *París*, al mejor.

Aquí vivía mi amigo como antes he dicho. Yo, en la quinta que había sido del barón du Graty – pintoresca mansión sobre las barrancas del Paraná -, que me costó un ojo de la cara adquirir, pero que, al fin, fue mía. No hace al caso decir circunstanciadamente, ahora, quién era ese caballero, que escribió después para el gobierno paraguayo, de López padre, la *Historia* del Paraguay.

Pero para que la maledicencia no se anticipe demasiado, sí diré que era hombre bien nacido, culto, con alguna erudición y cierto *savoir faire*, que llegó a estas playas americanas, de Bélgica, su país natal, en busca de aventuras, de dinero, sobre todo; que fue militar, alcanzando a coronel; que vino en el ejército de Urquiza contra Rozas; que fue periodista, y jefe de fronteras en la provincia de Santiago del Estero, y hasta diputado al Congreso Nacional... que fue todo, menos argentino.

Con mi amigo, no nos veíamos sino por la mañana, a la hora en que yo iba al centro a hacer mi diario.

El hotel quedaba en mi camino; y como la topografía establece la costumbre, yo entraba indefectiblemente, al pasar por allí; y como la costumbre, en la generalidad de los casos, es el amor, y hasta la amistad, mi amigo y yo no podíamos estar sin vernos. Agreguen ustedes a esto el servicio que me había prestado. Reflexionen un poco, mediten, fíjense bien, y verán que mi amigo y yo teníamos que querernos mucho. Hay en todos los favores una

polarización inexplicable, cuando las almas son medianamente buenas, que no es el interés que se toma el acreedor por el deudor, ni éste por el otro, interés que no es una inclinación del ánimo, vehemente por supuesto, sino una inquietud paralela de índole diversa.

¿O ustedes me van a sostener que el que debe, siente lo mismo que el acreedor; que la sensación es la misma cuando el acreedor lee que ha pasado a mejor vida su deudor, que cuando éste lee que su acreedor ha dejado de existir?

Algunas veces, raramente, nos solíamos ver a la hora en que yo regresaba a mi quinta, donde en la tarde se reunían algunos personajes que me favorecían con su amistad, aunque yo fuera mucho más joven que ellos, como Carril, Gutiérrez, Fragueiro, Frías, Campillo y otros, los cuales allí, bajo el amplio corredor de mi casa, discutían con calor las grandes cuestiones de actualidad, lamentando todos ellos, me acuerdo bien, sin inculpar a nadie, que la Patria no estuviera unida.

Por la noche nunca nos veíamos, y no empleo la palabra nunca como la usan las coquetas, olvidándose de lo que han hecho, o no estando seguras de lo que harán; la empleo como la emplean los que dicen verdad a los que son bastante fuertes para poder responder *a priori* de lo que harán en determinadas coyunturas. Sí, nunca nos veíamos de noche, porque, aunque yo pasara por delante del hotel, no entraba. Mi amigo necesitaba esas horas de tiempo, y yo el mío, y a fuer de discretos...

Mi secretario (¡caramba con mi secretario!) me pregunta, cortándome quizá el hilo de lo mejor que le iba a dictar, si yo ya era discreto entonces; porque no entiende que siéndolo, hiciera las locuras que les estoy contando a ustedes.

(¡Mi secretario acabará por hacer que lo cambie, aunque después de quince años fuera como arrancarme un ojo de la cara; pero, y si no se enmienda...si no pierde esta costumbre molesta de interrumpirme, convirtiéndose en una especie de público anticipado...!)

Tentado estoy de darle por toda respuesta aquélla que todos ustedes conocen, respuesta que se atribuye a un paraguayo cura, sorprendido de algo que hacía su sacristán: ¿Y qué tiene que hacer tal *cosa* con las tómporas? Pero como mi secretario me merece mucha consideración, aprecio y cariño, siendo hombre leído y escrito, que sabe cuasi tanto como yo, tengo que atenderlo, que contestarle y que satisfacerlo, o me expongo a que, como alguna otra vez, se me rebele y me diga con énfasis autoritario: eso no lo escribo yo, no es castizo, no es gramatical, no es un americanismo, no es un neologismo, no es un modismo, es sencillamente (vean ustedes qué hombre mi secretario) un barbarismo; una cosa que no tiene pies ni cabeza.

¡Ah!, no tengan ustedes nunca secretarios que tanto se identifiquen con su persona, o con su reputación literaria.

Sí, señor, está bien puesto, el a fuer de discretos, porque la discreción no sólo se refiere a los actos, en que sólo interviene uno mismo, como cuando habla, sino también a los juicios que hacemos, mezclando a otros en ellos. Así yo puedo no ser discreto si juego, y serlo, si no lo interrumpo a un amigo mío a la hora en que tiene la costumbre de hacer la cosa que le es más agradable, aunque le haga daño...que era el caso de mi amigo, a quien no le gustaban las visitas después de comer; porque una vez concluida su comida se encerraba con un frasco de ginebra.

Mas una noche, ¡noche inolvidable!, ocurrióseme entrar.

¡Ah!, los que tienen costumbres metódicas, que por nada alteran – esos matemáticos del hábito - , éstos están casi siempre asegurados contra incendio.

Y ¿por qué declaman entonces tanto contra la costumbre, comparándola con una monotonía prosaica, cuando hay costumbres tan buenas? *Cella continuata dulcescit.*

Pero...

¿Por qué entré?

¡Eh!, entraría porque estaba escrito. Y si no, digan ustedes por qué entré.

Lo cierto es que, al entrar, sentí ruido en la puerta de la izquierda, que caía al zaguán; y como aquel ruido fuera inusitado, siendo esa pieza una sala destinada a familias, me detuve, puse el oído, escuché, y escuchando, me apoyé tanto en la puerta, que se abrió; y sin haberlo soñado e impelido por mi propio peso, me encontré en medio de una atmósfera de humo, densa como queso mantecoso, y entre un enjambre de jugadores de fachas discrepantes, que rodeaban una gran mesa, en la que, no obstante las penurias del tesoro público y del país, circulaban profusamente las onzas de oro.

Nadie reparó en mí; todos estaban atacados de la misma fiebre contagiosa. Me acerqué a la rueda, estreché las filas, y destacándose mi cabeza como que ya era alto, se encontró con la del que tallaba al monte de dados, que era un hombre más alto que yo todavía, trigüeño, de ojos grandes, negros, vivaces, como las pasiones de fuego del alma, que ocultaban: nada menos que el coronel don José Virasoro, de lúgubre y trágica memoria, asesinado en San Juan.

-¡Apunte, amigo! – me dijo, con acento varonil, llamando así, hacia mí, la atención de algunos, y en un momento en que, como dicen los jugadores, estando en la buena, todo el mundo erraba, menos el banquero.

-No juego – contesté secamente, y seguí viendo correr al dado, echando suerte, cuando los jugadores ponían las pilas de onzas de oro, en el azar, contra el banquero, y viceversa, y creciendo como la marea sus ganancias.

Yo estaba entero. No me sentía flaco de corazón; primero, porque había dado mi palabra de honor, de caballero, de no jugar, y después porque ya medio me había convencido de que el juego es un mal negocio, porque los únicos que tienen seguridad de ganar son los tramposos, y donde hay juego, hay trampa, como no hay humo sin fuego, o como cantaba un coplero de mi batallón cuando la guerra del Paraguay, en versos mancos:

*No hay árbol que no dé sombra en verano
Ni mujer que no caiga tarde o temprano...*

(¡Qué bárbaro de coplero!)

Pero más que el oro, me fascinaba el banquero, que era un hombre soberbio de hermosura.

Y me parecía varonil apuntar en su contra y ganar.

-¡Apunte, amigo! – volvió a decirme, cuando más que sus ganancias, que su oro, lo que me daba envidia era el esplendor de su figura; y lo que ya empezaba a agujionarme era la tentación de medir mi suerte con semejante rival.

-No juego, coronel – volví a contestar a mi vez.

¡Suerte!, ¡azar!, ¡diez onzas!, ¡veinte onzas!, ¡cincuenta onzas!, ¡cien!, ¡doscientas! – fue la cifra más alta que se paró...no se oía más.

Virasoro ganaba, y la corriente del error en la visión de sus adversarios parecía definitivamente establecida. Pero Virasoro no había nacido con buena estrella, y Dios sabe lo que pasó, cuando uno de los dados cayó al suelo ayudándole los jugadores a recogerlo.

Virasoro empezó a errar y los jugadores – en todo es lo mismo -, a mirarlo ya con mediocre consideración...nuestros ojos se encontraron:

-¡Apunte, amigo! – volvió a decirme, por tercera vez.

-Coronel – le contesté, por tercera vez también, y esperando que con aquel modo de hablar acabarían sus obsesiones -, no juego, no tengo dinero.

Él, entonces, tomó un puñado de onzas de la banca, que estaba en el momento de la baja marea, y me las pasó, diciéndome: tome, amigo.

Yo tomé sin saber cómo. Puedo, sin embargo, jurar que al tomar, sin saber cómo, y al decidirme a jugar, lo hice por ayudarlo a ganar al que perdía; a ese mismo hombre que momentos antes me había fascinado con el esplendor de sus ganancias.

Y ¿no es verdad que esto es muy humano? ¿O ustedes no han seguido alguna vez a un caudillo sin suerte, o sin aptitudes, o con suerte y aptitudes, por simpatía, por impulso generoso, cuando todo les dice: que ya tiene los dioses en contra, que *c'est fini*?

Eran diez y siete onzas de oro las que me había puesto en las manos.

Él perdía al azar; puse a la suerte.

Salió azar y ganó él, y en el vaivén de las paradas los jugadores se pusieron de mi lado.

Volvió a pasarme las diez y siete onzas, las volví a tomar, ¡me caiga muerto ahora si sé cómo!, el hecho es que las tomé, que no pensé en nada, que yo estaba allí dominado por una fuerza superior a toda reflexión, y que era el trasunto del tipo aquel de Espronceda que contestándole al jugador primero que pregunta:

Si esta imagen respirara...

exclama:

*A estar aquí la jugara
A ella, al retrato y a mí.*

Perdí...

Volvió a pasarme las diez y siete onzas.

Las volví a tomar y volví a perder.

Y él me daba y yo seguía apostando de a diez y siete onzas, y mis pérdidas determinaban la reacción del que llevaba el dado, del banquero...Y dice bien Shakespeare:

*There is a tide in the affairs of man,
Which when taken at the flood leads on to fortune.*

Sí, hay que saber echarse en la marea cuando sube...todo el secreto del éxito está ahí.

Y ya iban diez y siete veces, diez y siete onzas en que seguido, sin intermitencias y sin pensar de dónde sacaría para pagar lo que no tenía, apuntaba y perdía, cuando al hacer la decimoctava parada me sentí asido fuertemente, por una mano vigorosa, que, tomándome del hombro derecho, me hizo describir una media vuelta completa, poniéndome cara a cara, frente a frente, de un hombre que sacándome de allí me echó al rostro esta acusación contra la que nada podía argumentar (no se argumenta contra la conciencia):

-Lucio, es usted un miserable que falta a su palabra de honor.

Era mi amigo...

Caballeritos aficionados a la *timbirimba*, porque el ingenio no les alcanza para otra cosa, o les sobra, mírense ustedes en mi espejo.

Estuve por suicidarme.

Seguramente que es una solución; pero no se trata aquí de filosofar sobre el suicidio, sino de concluir diciéndoles a ustedes que, pudiendo pagar, pagué mis diez y siete onzas, perdidas diez y siete veces.

¿Cómo? ¡Ah!, eso puede ser que se lo cuente a ustedes, cuando les cuente, si es que a ello me resuelvo, de cómo también una vez me vendí, comprándome un paraguayo.

No se escandalicen ustedes demasiado de que un hombre se venda...si está muy apurado.

Hoy por hoy estas plumadas, aunque largas, sólo han tenido un objeto: entretenerlos a ustedes un rato, con la doble esperanza de que me perdonarán los truísmos en que haya incurrido y de que algún provecho pueda hacerles a los que no sean empecinados en saber lo que a mí me ha pasado en esa gloriosa edad en que casi todos somos cautivos de ciertas cosas; gloriosa, sí, porque es digna de honor y alabanza desde que un hombre bien nacido lo mismo paga lo que ha perdido en regla que lo que le han ganado estafándolo.

¿O ustedes se imaginan que alrededor de la carpeta verde todos los que se visten bien están limpios por dentro y por fuera?

¡Hum...!

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).